

PASTOR'S CORNER | **REFLEXIÓN DEL PASTOR**

REV. ANTHONY GENEROSE
PASTOR



Where does the Sacrament of Reconciliation stand in your list of Lenten priorities? Lent is a time for penitential practices which lead to a personal renunciation of sin called repentance. And so, getting to Confession should be high on the list of Lenten priorities. Unfortunately, many Catholics do not return to the Lord through the Sacrament of Confession because in a pluralistic society founded on absolute individualism, people believe they can go directly to God. They do not see the need to confess their sins to a priest and, thereby, receive absolution. After all, where does it say I have to confess to a priest? Saint Paul, one of the bible's biggest sinners before his conversion to Christ, writes to the church in Corinth, "All this is from God, who has reconciled us to himself through Christ and given us the ministry of reconciliation...." (2 Cor. 5:18). Not only is sacramental reconciliation cited in the bible, but Saint Paul also tells us the Sacrament of Reconciliation is from God through Christ. The message entrusted to the apostles is reconciliation, as Saint Paul says in verse 19. "So, we are ambassadors for Christ, as if God were appealing through us. We implore you on behalf of Christ, be reconciled to God." (2 Cor. 5:20) The message would not be efficacious, however, if the authority to forgive sins were not granted by Christ to Peter and the Apostles, and subsequently, to the Pope and the Bishops in communion with him. The Catechism of the Catholic Church states, "During his public life Jesus not only forgave sins but also made plain the effect of this forgiveness: he reintegrated forgiven sinners into the community of the People of God from which sin had alienated or even excluded them." (CCC, 1443).

This uncovers the roots of error. Moral rectitude is not a personal affair between me and the Lord. Such thinking exposes the sinner who is only hiding behind the cross of Christ. When we expose ourselves to judgment in the sacrament of Confession, we come from behind the cross to look into the eyes of the suffering, sinless Christ who "died for the sins of the whole world." The people which stand in front of the cross of Christ is his Church. "In imparting to his apostles his own power to forgive sins the Lord also gives them the authority to reconcile sinners with the Church." (CCC 1444). If our sins wound the Christ of God, it only stands to reason that our sins also would wound the Church conceived from his pierced side. So, it all makes sense that we only seek forgiveness from those we offend, and in the case of sin, those offended are God AND the Church. Lent is about to conclude so get to confession. Check the bulletin for regular confession times on Saturdays, for the times on Mondays and Tuesdays under the listing of "The Light is on for You" and know that there is an opportunity for confession at Saint John Bosco church in Conyngham on Tuesday, March 24th at 6 pm.

PASTOR'S CORNER | REFLEXIÓN DEL PASTOR

REV. ANTHONY GENEROSE
PASTOR



¿Qué lugar ocupa el sacramento de la Reconciliación en tu lista de prioridades de Cuaresma? La Cuaresma es un tiempo de prácticas penitenciales que conducen a una renuncia personal al pecado, lo que se conoce como arrepentimiento. Por eso, acudir a la confesión debería ocupar un lugar destacado en la lista de prioridades de Cuaresma. Lamentablemente, muchos católicos no regresan al Señor a través del sacramento de la confesión porque, en una sociedad pluralista basada en el individualismo absoluto, la gente cree que puede dirigirse directamente a Dios. No ven la necesidad de confesar sus pecados a un sacerdote y, por lo tanto, recibir la absolución. Después de todo, ¿dónde dice que tengo que confesarme con un sacerdote? San Pablo, uno de los mayores pecadores de la Biblia antes de su conversión a Cristo, escribe a la iglesia de Corinto: “Todo esto proviene de Dios, quien nos ha reconciliado consigo mismo por medio de Cristo y nos ha dado el ministerio de la reconciliación...”. (2 Cor. 5:18). No solo se menciona la reconciliación sacramental en la Biblia, sino que San Pablo también nos dice que el Sacramento de la Reconciliación proviene de Dios a través de Cristo. El mensaje confiado a los apóstoles es la reconciliación, como dice San Pablo en el versículo 19: “Así que somos embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. Os suplicamos en nombre de Cristo: ¡reconciliaos con Dios!” (2 Cor. 5, 20). Sin embargo, el mensaje no sería eficaz si Cristo no hubiera concedido la autoridad para perdonar los pecados a Pedro y a los apóstoles y, posteriormente, al Papa y a los obispos en comunión con él. El Catecismo de la Iglesia Católica afirma: “Durante su vida pública, Jesús no solo perdonó los pecados, sino que también dejó claro el efecto de este perdón: reintegró a los pecadores perdonados en la comunidad del Pueblo de Dios, de la que el pecado los había alejado o incluso excluido”. (CIC, 1443). Esto pone al descubierto las raíces del error. La rectitud moral no es un asunto personal entre el Señor y yo. Tal forma de pensar deja al descubierto al pecador que solo se esconde detrás de la cruz de Cristo. Cuando nos exponemos al juicio en el sacramento de la Confesión, salimos de detrás de la cruz para mirar a los ojos al Cristo sufriente y sin pecado que “murió por los pecados del mundo entero”. El pueblo que se encuentra frente a la cruz de Cristo es su Iglesia. “Al impartir a sus apóstoles su propio poder de perdonar los pecados, el Señor les da también la autoridad de reconciliar a los pecadores con la Iglesia”. (CIC 1444). Si nuestros pecados hieren al Cristo de Dios, es lógico que nuestros pecados también hieran a la Iglesia concebida de su costado traspasado. Por lo tanto, tiene todo el sentido que busquemos el perdón de aquellos a quienes ofendemos, y en el caso del pecado, los ofendidos son Dios Y la Iglesia. La Cuaresma está a punto de concluir, así que acude a la confesión. Consulte el boletín para conocer los horarios habituales de confesión los sábados; para los horarios de los lunes y martes, consulte la sección “La luz está encendida para ti”; y sepa que hay una oportunidad para confesarse en la iglesia de San Juan Bosco en Conyngham el martes 24 de marzo a las 6 p. m.

PASTOR'S CORNER | **REFLEXIÓN DEL PASTOR**

Nuestra Señora de la Paz

Reflexión para el V Domingo de Cuaresma

REV. RAFAEL O'FARRIL
ASSISTANT PASTOR



Las lecturas de este domingo nos colocan frente a una de las revelaciones más profundas de toda la Escritura: Dios no es un Dios de muerte, sino de vida. Cuando todo parece terminado, cuando la esperanza parece sepultada, cuando el corazón humano cree que ya no hay salida, el Señor pronuncia su palabra y abre los sepulcros.

El profeta Ezequiel habla a un pueblo derrotado, exiliado y sin esperanza. Israel se sentía como un cementerio: sin futuro, sin fuerza, sin vida. En ese contexto Dios anuncia algo sorprendente: “Abriré sus sepulcros, los sacaré de sus tumbas y pondré mi espíritu en ustedes y vivirán.” No se trata solo de una promesa política o histórica, sino de una revelación espiritual profunda. Dios promete una restauración interior, una vida nueva que nace de su Espíritu. Cuando el Espíritu de Dios entra en la existencia humana, incluso lo que parecía muerto comienza a renacer.

San Pablo retoma esta misma verdad y la lleva al corazón de la vida cristiana. El apóstol distingue entre vivir según la carne y vivir según el Espíritu. La carne representa la vida encerrada en sí misma, dominada por el egoísmo, el miedo y el pecado; el Espíritu, en cambio, es la vida abierta a Dios. Pablo afirma algo extraordinario: el mismo Espíritu que resucitó a Cristo de entre los muertos habita en los creyentes. Esto significa que la resurrección no es solo un acontecimiento futuro; es una fuerza que ya actúa en el presente, transformando el interior de quienes permiten que Dios habite en ellos.

El Evangelio presenta uno de los signos más conmovedores de Jesús: la resurrección de Lázaro. No es solamente un milagro, sino una revelación del corazón de Cristo. Jesús llega a Betania y se encuentra con el dolor de Marta y María. El evangelio nos muestra algo profundamente humano: Jesús llora. Dios no es indiferente al sufrimiento humano; participa de él, lo asume y lo transforma.

Sin embargo, el relato no se queda en la tristeza. Jesús pronuncia una declaración que atraviesa toda la fe cristiana: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá.” Luego se acerca al sepulcro y grita: “¡Lázaro, sal fuera!” Con esa palabra, la muerte pierde su aparente dominio.

Este signo anuncia algo mucho más grande: Jesús no solo resucita a un amigo, sino que revela que Él mismo es la Vida que vence definitivamente a la muerte. Por eso, el evangelio también se convierte en una pregunta para cada creyente: ¿qué sepulcros hay en nuestra vida? ¿Qué situaciones, pecados, heridas o desesperanzas nos mantienen encerrados?

La Cuaresma nos invita a escuchar la voz de Cristo que sigue diciendo: “Sal fuera.” Sal de la resignación, sal del pecado, sal de aquello que te encierra y te roba la vida. Cuando permitimos que la palabra de Cristo nos alcance, el Espíritu vuelve a soplar y lo que parecía muerto comienza a vivir.

Así, el camino cuaresmal nos prepara para el gran anuncio de la Pascua: Dios tiene la última palabra, y esa palabra siempre es vida.

PASTOR'S CORNER | **REFLEXIÓN DEL PASTOR****REV. RAFAEL O'FARRIL**
ASSISTANT PASTOR

Our Lady of Peace

Reflection for the Fifth Sunday of Lent

The readings of this Sunday place us before one of the most profound revelations of Sacred Scripture: God is not a God of death, but a God of life. When everything seems finished, when hope appears buried, when the human heart believes there is no way forward, the Lord speaks His word and opens the tombs.

The prophet Ezekiel speaks to a defeated and exiled people who had lost hope. Israel felt like a cemetery: without future, without strength, without life. In that context God announces something astonishing: "I will open your graves, I will bring you up from your graves, and I will put my Spirit within you and you shall live." This is not merely a political or historical promise; it reveals something far deeper. God promises an interior restoration, a new life born from His Spirit. When the Spirit of God enters human life, even what seems dead begins to rise again.

Saint Paul takes this same truth and brings it to the heart of Christian life. The apostle contrasts living according to the flesh with living according to the Spirit. The flesh represents a life closed in on itself, dominated by selfishness, fear, and sin; the Spirit, instead, is life open to God. Paul proclaims something extraordinary: the very Spirit who raised Christ from the dead dwells in believers. This means that the resurrection is not only a future event; it is already a power at work in the present, transforming the interior life of those who allow God to dwell within them.

The Gospel presents one of the most moving signs of Jesus: the raising of Lazarus. It is not only a miracle, but a revelation of the heart of Christ. Jesus arrives in Bethany and encounters the sorrow of Martha and Mary. The Gospel shows us something deeply human: Jesus weeps. God is not indifferent to human suffering; He enters into it, shares it, and transforms it.

Yet the story does not remain sorrowful. Jesus proclaims a declaration that stands at the center of Christian faith: "I am the resurrection and the life; whoever believes in me, even if he dies, will live." Then He approaches the tomb and cries out: "Lazarus, come out!"

With that word, death loses its apparent power.

This sign points to something far greater: Jesus does not only raise a friend; He reveals that He Himself is the Life that ultimately conquers death. For that reason the Gospel also becomes a question for every believer: what tombs exist in our lives? What situations, sins, wounds, or despair keep us trapped inside?

Lent invites us to hear the voice of Christ who still says: "Come out." Come out of resignation, come out of sin, come out of whatever imprisons you and steals your life. When we allow the word of Christ to reach us, the Spirit breathes again and what seemed dead begins to live.

Thus the Lenten journey prepares us for the great proclamation of Easter: God has the final word, and that word is always life.